

y discreto les añadió la segunda parte del texto en que les advertía, como de paso, que los que fuesen sus enemigos, como ellos se obstinaban en serlo, habían de ser escabel de sus plantas, y tendrían que reconocerle algún día como su rey: «Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus plantas».

Fuéronse todos o acaso se quedaron allí mudos e hipócritamente respetuosos. Mas el Señor antes de terminar su vida mortal, y reducirse al silencio a que había de reducirse durante su pasión, quiso, como podía, poner su última sanción a las inexcusables rebeldías y obstinada perversidad de los fariseos, y como lo había hecho en otra ocasión, que recordarán los lectores, así también ahora pronunció, aunque más severamente otra invectiva. En ella ciertamente repite cosas que entonces también dijo; pero esto nada tiene de extraño, si consideramos que ahora como entonces eran los mismos el reprobador y los reprobados.

231. MALDICIONES CONTRA LOS ESCRIBAS Y FARISEOS

(L. 20, 45-47; Mc. 12, 38-40; Mt. 23, 1-39)

«Entonces, dice el Evangelio, se dirigió a sus discípulos, delante de todo el pueblo, y les dijo según su doctrina:

«—En la cátedra de Moisés se sientan y leen los escribas y fariseos: Haced, pues, y guardad todas las cosas que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen.

»Guardaos de los escribas. Porque lán cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres; y ellos no las sostienen ni con el dedo.

»Y todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Les gusta andar con vestidos largos, dilatan sus filacterias y alargan las borlas de sus mantos. Buscan los primeros asientos en los banquetes, las primeras sillas en las sinagogas, ser saludados en las plazas y ser llamados rabinos por los hombres.

»Vosotros no os llaméis rabinos, porque uno sólo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos. Ni llaméis, padre vuestro en la tierra a nadie; porque uno solo es vuestro padre, el que está en los cielos. Ni os llaméis maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Cristo.

«El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. Y el que a sí mismo se ensalce, será humillado, y el que a sí mismo se humille será ensalzado».

Tal fué el exordio de la tremenda invectiva que va a seguir. La cátedra de Moisés se entendía el puesto de autoridad, sea en las sinagogas, sea principalmente en el sanedrín, desde el cual los escribas y fariseos ejercían la autoridad de Moisés, enseñando su ley al pueblo, y explicando la doctrina tradicional a los israelitas. El pueblo acataba su autoridad, y hasta los saduceos, por lo menos externamente la reconocían, porque así les convenía. También el Salvador aconseja que sigan su doctrina, eso que debía ser mucho más estrecha que la de Moisés; pero convenía mantener el principio de autoridad, mientras no mandase cosas ilícitas y quedase abrogada la ley antigua. Por eso dice: haced lo que os digan.

Pero sus obras eran bien distintas de sus palabras, y por tanto bien indignas de ser imitadas, y por eso dice: no hagáis lo que ellos hacen.

No seáis soberbios como ellos, ni queráis usar títulos de honor como ellos.

No por lo que aquí dice se debe mirar mal el que el pueblo cristiano apellide doctores, y padres a sus directores y maestros en la fe. Ni se ha de entender lo que dice Jesucristo a la letra, sino según el espíritu. Es a saber no debe ni el sacerdote y ministro del Altísimo, ni nadie desear por soberbia ser llamado padre, maestro, ni otro ningún título de honor. Pero si el pueblo los llama así, no por la reverencia debida a la sabiduría o autoridad de sus personas, sino por su ministerio y representación, en atención a Jesucristo de quien son representantes, no se ha de pensar que está mal hecho. Y en este sentido el mismo San Pablo se llama Maestro y Padre de los que ha convertido a la fe, y siempre la Iglesia ha llamado Padres a los que en nombre y con la autoridad de Cristo nos instruyeron en las tradiciones santas, cuya explicación el mismo Señor les había encomendado.

Puesto este solemne pero enérgico exordio, y cuando tal vez la plebe creía que ya no tenía más que decir a los fariseos, y acaso éstos recocían en sus corazones llenos de

perfidia y encono las palabras de su más implacable censor, el Maestro, una vez aconsejada a sus discípulos la humildad y la obediencia a los mandatos y la abominación a las obras de los fariseos, volvióse a éstos, que amenazantes y llenos de furor le miraban, y cara a cara lanzó contra ellos la más terrible imprecación que acaso se haya dicho por labios humanos en la tierra.

«¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos ante los hombres, porque ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que vienen.

»¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas, con pretexto de orar largamente; por eso recibiréis mayor condenación.

»¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra por hacer un prosélito, y cuando está hecho, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que lo sois vosotros.

»¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: el que jure por el templo, no es nada, pero el que jure por el oro del templo, queda obligado. Pues ¡necios y ciegos! ¿qué es más? el oro o el templo que santifica ese oro? Y decís: el que jure por el altar no es nada, pero el que jure por el don que está sobre él, queda obligado. Pues ¡ciegos! ¿qué es más? el don o el altar que santifica ese don? Luego el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él, y el que jura por el templo, jura por él y por quien habita en él; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está en él sentado.

»¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que cobráis diezmos de la menta y del anís y del comino, y habéis dejado lo más importante de la ley, el juicio, la misericordia y la fe. Esto debíais hacer, sin dejar aquello. Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello.

»¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo exterior de la taza y del plato, y por dentro lo tenéis lleno de rapiña y de inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo que está dentro del cáliz y del plato, para que también lo exterior se limpie.

»¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que sois

como sepulcros blanqueados, que de fuera aparecen espléndidos, y por dentro están llenos de hipocresía y de iniquidad.

»¡Ay de vosotros! escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si nosotros hubiéramos vivido en los tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices con ellos de la sangre de los profetas. De modo que os confesáis a vosotros mismos que sois hijos de los homicidas de los profetas. Y ahora vosotros colmáis la medida de vuestros padres.

»¡Serpientes! hijos de víboras! ¿Cómo escaparéis de la sentencia del infierno?

»Así, pues, yo os voy a enviar profetas y sabios y doctores, y vosotros a unos mataréis y crucificaréis y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de pueblo en pueblo. Para que así venga sobre vosotros toda la sangre vertida sobre la tierra desde la sangre de Abel el justo hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar.

»En verdad, os digo, que todo esto ha de pagarlo la presente generación.

»¡Jerusalén! Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los enviados que vienen a ti! cuántas veces he querido recoger tus hijos como recoge la gallina sus polluelos bajo sus alas! y no has querido!

»¡Ya veréis cómo queda desierta vuestra casa!

»Porque yo os digo que no me veréis ya más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor!

»Y dichas estas cosas, calló y cesó ya de enseñar».

No dice el Evangelio lo que los fariseos dijeron, pensaron ni hicieron. Las acusaciones eran terribles, pero verdaderas, y tales que sabía todo el mundo que eran exactas. Por fuerza, pues, para no empeorar su situación ante el pueblo que escuchaba espantado de tanta libertad y entereza, debieron callar, y retirarse despechados, a tomar sus últimas resoluciones de perder a aquel hombre, que, si no, había de perderlos a ellos.

El Maestro, recogiendo sus discípulos, levantóse y empezó a salir del templo. Pero al salir sentóse en el Gazofi-

lacio, mientras desfilaba por él otra mucha gente depositando al paso sus limosnas.

Antes, sin embargo de ver lo que allí sucedió, digamos cuatro palabras acerca de los fariseos, para justificar las invectivas de Jesús contra ellos, y dar más clara explicación de lo que sucedió en la pasión del Salvador a la cual ya nos aproximamos.

232. LO QUE ERAN LOS FARISEOS

Vimos al principio de esta narración y después en varios sitios de ella hemos podido entender no poco de lo que eran estos fariseos en la historia del pueblo judío, en tiempo de Jesucristo, y en qué se diferenciaban tanto de los saduceos, como también de los escribas, a pesar de que éstos, por pertenecer casi todos a la secta de los fariseos, son con ellos confundidos, y como ellos condenados.

Puede decirse que los directores de Israel estaban divididos en dos grandes bandos, los saduceos de que antes hemos hablado, y los fariseos. Estos llevaban mucha ventaja sobre los primeros, y de hecho estaban apoderados de los ánimos del pueblo, ante el cual se presentaban como los verdaderos intérpretes de la ley, y los verdaderos legisladores de Israel. En efecto, los escribas o intérpretes de la ley en las sinagogas y en el templo, que deberían haberse mantenido independientes de los fariseos, así como de los saduceos, no lo hicieron así y se alistaron casi todos en las filas de los fariseos, con los cuales se confundían en todas sus maquinaciones y costumbres.

Aunque el retrato más acabado de los fariseos es el que Jesucristo nos ha dejado en el evangelio, sin embargo cuando se leen los libros judíos, se encuentran sin dificultad en ellos todos los rasgos y un gran parecido entre lo que de ellos nos dicen los mismos judíos, y lo que de ellos dijo nuestro Maestro.

Su falta capital era el ansia de *parecer* «separados» que es lo que significa, según parece el nombre de fariseos, de todo lo impuro y profano. Fijándose, poco en la pureza interior que Jehová quería y Moisés buscaba con todos sus

ritos, y mucho en la pureza exterior y legal, habíanse ido olvidando de la primera y fijando sus ojos solo en la segunda. De ahí que dejando a un lado el verdadero espíritu de la ley, la fe, la misericordia, el sacrificio, exagerasen de una manera increíble las prescripciones legales y ritualistas respectivas a la pureza y observancia exteriores de la ley. Todo lo exterior lo llevaban con un rigorismo inaguantable.

Porque Moisés les había dicho que debían tener la ley en la mano y en los ojos, ellos tomando estas palabras a la letra, se hacían unas *filacterias*, es decir, un *preservativo* especie de amuleto contra las maldiciones divinas o como también decían, *tefillin*, es decir, oraciones, que consistían en unas cajitas, en las cuales estaban encerrados cuatro principales pasajes de la ley de Moisés; y éstos los sujetaban ora a la frente, ora a la mano por medio de bandas y lazos, que como indica Jesucristo, se complacían en dilatar para que así fuesen más vistos y se los tuviese por más observantes.

Así mismo habíales aconsejado Moisés que para acordarse de la observancia de la ley, llevasen en sus vestidos los *gedilim* o *zizit*, especie de caireles o flecos, hechos de cordones con nudos y borlas, que pendían a los cuatro bordes de sus mantos; y los fariseos, no contentos con unos *gedilim* sencillos, complacíanse en poner en sus mantos largos borlones, como si gran borlón fuese gran observancia. Y así en todo lo demás.

Era, pues, bien fácil conocer a un fariseo, por sus exterioridades, sus interminables filacterias, sus largos caireles, sus maneras ceremoniosas. Un sin fin de reglas y reglillas moderaban todo su exterior. Inagotables purificaciones y lavatorios precedían y seguían sus acciones. El ayuno, el reposo del sábado, la limosna, la oración, el sacrificio, todo en ellos estaba trabado por mil y mil prescripciones, tradiciones, según ellos decían, ficciones en verdad e hipocresías, en que hacían consistir la santidad. Siete fariseos dice el Talmud que hay: 1.º, el que acepta la ley como una carga; 2.º, el que la guarda por interés; 3.º, el que se da con la cabeza en las paredes por no ver una mujer; 4.º, el que obra por ostentación; 5.º, el que anda di-

ciendo que se le diga una buena acción que cumplir; 6.º, el que obra por temor, 7.º, el que obra por amor.

Jesús los acusa de hacer insoportable la ley al pueblo, y de no guardarla ellos. De buscar en todo la alabanza propia, y de hacer todas las cosas para ser estimados. De no dejar al pueblo seguir la doctrina del Evangelio que él le predicaba. De pedir dinero por sus oraciones. De trabajar mucho por hacer proselitos. *Proselitos*, que es lo mismo que *secuaces*, llamábanse aquellos que sin ser judíos, seguían la ley de los judíos; y se llamaban *proselitos de la puerta* los que seguían los preceptos llamados de Noé, sin obligarse ni a lo demás de la ley ceremonial, ni a la circuncisión; los que guardaban todo esto se llamaban *proselitos de la justicia*. Y parece que los fariseos, en vez de convertir de veras a los gentiles, lo único que hacían era incorporarlos exteriormente a la ley, y enseñarles sus hipocresías. En los juramentos tenían realmente las costumbres que les echa Jesús en cara; sin duda, para llamar la atención de los fieles más sobre los vasos, riquezas y ofrendas del templo y del altar, que sobre el altar y el templo mismo, llevados de la codicia, anteponian lo secundario a lo principal.

Bien hacían en exigir los diezmos aun de las cosas más pequeñas; pero Cristo los acusa de que mostrando este hipócrita cuidado en menudencias y teniendo acerca de ellas mil reglillas y fórmulas se tragasen con facilidad tantos otros pecados y descuidos enormes.

Sus fórmulas acerca de las purificaciones eran innumerables, como dijimos en otro sitio. En cambio descuidaban la verdadera pureza. Y eran como vasos limpios por fuera y sucios por dentro, y como aquellos sepulcros que los judíos acostumbraban a blanquear con cal o con pintura, a fin de que la gente al pasar entre ellos no tocase, sino cuando más solo la cal, y así no se hiciesen inmundos legalmente.

En fin, acúsalos de todos los asesinatos cometidos en el pueblo con los justos, profetas y amigos de Dios, presentándolos como generación descendiente de Caín, como raza de víboras y serpientes, que tiene que dar a Dios cuenta de todos los santos muertos, desde el justo Abel hasta Zacarías, que probabilísimamente fué el hijo de Jojada, que

cayó muerto en el atrio de los sacerdotes, diciendo al morir: «véalo Jehová y reclame». Su muerte fué famosa entre todas las del pueblo de Israel, y por eso alude Jesús a ella.

Bien había querido el Salvador salvar a estos fariseos. Pero lejos de convertirse ellos y aceptar al Mesías, además impedían que el pueblo lo aceptase. Por eso el Señor, manso cordero que a ningún pecador, a ninguna meretriz, a ningún publicano había desechado, ni humillado, no pudo tolerar a los fariseos, que por soberbios, por hipócritas, por seductores del pueblo, por opresores de los humildes y pequeños se hicieron abominables al dulcísimo Corazón de Jesús.

Y así el que en el monte dió principio a su evangelio pronunciando las ocho bienaventuranzas comenzando por los pobres y acabando por los perseguidos, en el templo da hoy fin a su predicación pronunciando ocho maldiciones contra los soberbios, hipócritas y perseguidores.

233. EL OCHAVO DE LA VIUDA

(L. 21, 1-4; Mc. 12, 41-44)

Acabamos de ver cómo el Maestro ha roto definitivamente y para siempre con los fariseos. Al salir del templo después de haber lanzado contra ellos sus terribles anatemas, no salió de prisa, sino como quien desea que lo detengan y le pesa salir de allá adonde ya no había de volver jamás.

Desde cerca del *Santo*, que es donde pronunció los anatemas, pasó al atrio de las mujeres, y allí se sentó enfrente del gazofilacio.

Gazofilacio, *guarda tesoro*, voz mezclada de griego y hebreo o persico, era el nombre que se daba a la sala en que se guardaban los tesoros del templo, como lo indica la misma palabra. A la izquierda del atrio de las mujeres abríanse en el muro una serie de orificios, llamados *sofarot* o trompetas, por donde caían en las cajas del gazofilacio las limosnas que se echaban. Eran estas trompetas, trece, según los títulos diversos porque se daban las limosnas. La primera recogía los medios siclos del año actual. La segunda los del año anterior. La tercera era para sacrificios

de palomas, la cuarta para holocaustos y así sucesivamente. En este atrio podían estar también los hombres, sino que se llamaba de las mujeres, porque ya éstas no podían entrar más adelante.

Estaba, pues, el Maestro, viendo cómo salían y entraban y daban limosna muchos. Y vió, dicen los evangelistas, que muchos ricos echaban mucho. La ostentación, con que lo hacían causaba disgusto a todos, pero mucho más a Jesús, que ya se lo había echado en cara. Cuando he aquí que se acerca una pobre viuda y «echó dos ochavos que son un cuarto».

Miróla complaciente el Maestro, y reuniendo a los discípulos les llamó la atención y dijo:

«—Yo os aseguro que esa viuda pobre ha echado más que todos los que han echado en el gazofilacio. Porque todos esos han echado de lo que les sobraba para obsequios a Dios; al paso que ésta ha echado de su pobreza, todo lo que tenía, todo su sustento».

Gran confusión perpetuamente para muchísimos ricos que piensan que porque dan algo de lo que les sobra, dan mucho, si se comparan con muchos pobres que dan muchas veces parte y aun todo su sustento por la gloria de Dios.

Gran aliento para los pobres que pueden poco, pensar que lo poco que dan o que hacen vale tanto a los ojos de Jesucristo.

234. VISITA DE LOS GENTILES A JESÚS

(J. 12, 20-36)

En esto, sea que Jesús estuviese aún en el atrio de las mujeres, sea que hubiese pasado ya al de los gentiles, unos helenos «se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: Señor, deseamos ver a Jesús».

Eran estos helenos prosélitos y probablemente prosélitos de la puerta, pues parece que no se atrevían a pasar al interior del templo, sino aguardaban en el atrio de los gentiles, y sabedores de los prodigios que se contaban de Jesús, deseaban verle y oírle, ya que habían venido a Jerusalén

con motivo de la Pascua. Y no atreviéndose por sí a dirigirse a él, intercedieron por uno de sus conocidos, que era Felipe.

Debieron acudir a Felipe por ser él de Betsaida, así lo indica el Evangelio. Acaso aquellos gentiles tenían alguna relación con este pueblo, acaso Felipe, pues su nombre era griego, tenía parientes helenos.

Felipe, que no parece era muy animoso, no se atrevió por sí a interceder en lo que le pedían, y llamó a otro compañero y paisano suyo, también de Betsaida, que acaso era como él conocido de los gentiles. Va, pues, Felipe y se lo dice a Andrés. Y animados ya los dos se lo dicen a Jesús.

No dice el Evangelio qué es lo que pretendían con esta visita. Pero lo más seguro es que no querían otra cosa que oír la doctrina del Maestro y aprenderla. Por eso el Maestro en cuanto le dieron el recado trasportóse enseguida a la futura conversión del mundo, y a la incorporación del gentilismo al pueblo escogido, y como quien respira de las angustias pasadas, exclamó así:

«—Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado».

Mas ¡ay! sabiendo que esta glorificación le había de costar la muerte, añadió:

«—En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, queda él solo; pero si muere da gran fruto».

Era lo que de él había profetizado Isaías: «Si diere su vida por el pecado, alcanzará perpetua posteridad».

Y pasando enseguida de su suerte a la suerte de sus discípulos, que debía ser como la suya, dijo:

«—El que ama su vida la perderá, al paso que el que aborrece su vida en este mundo la reservará para la vida eterna. Si alguno es ministro mío, sígame; y donde yo esté estará también mi ministro. Si alguno me sirve, mi Padre le honrará».

En aquel momento pasó allí una escena conmovedora, un preludio de la escena del jardín de Getsemaní. Jesús al pensar en la muerte que se acercaba, y que tanto le había de costar, turbóse repentinamente, pasando de la consideración de la suma gloria que le esperaba en el mundo, a la

horrible ignominia que antes de esta gloria tendría que tolerar. No ocultó el Señor esta turbación, sino que sencillamente dejó escapar del corazón oprimido este suspiro de angustia:

«—Ahora se ha turbado mi alma. Y qué diré? Padre, líbrame de esta hora...»

Era la misma oración que había de decir en Getsemaní: Padre, pase de mí este cáliz. Mas lo mismo que allí, corrigióse enseguida a sí mismo y prorrumpió en este arranque generoso:

«—Aunque para eso he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre».

Como quien dice: no, no me libres, porque para eso he llegado a esta hora, para hacer tu voluntad y darte gloria. No atiendas a libramme a mí, sino a glorificarte a tí; ¡hágame tu voluntad!

«Entonces vino una voz del cielo: Ya te he glorificado y otra vez te glorificaré».

Sonó esta voz de manera que los que no estaban cerca creyeron oír un trueno, o acaso vino la voz acompañada de él o quizás algunos malévolos querían reírse diciendo que era trueno lo que había sido voz. Porque «entonces la turba que estaba presente, y había oído la voz, decía que había habido un trueno. Mas otros decían: le ha hablado un ángel».

«Respondió Jesús y dijo: No se ha dado esta voz por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora va a ser echado fuera el príncipe de este mundo. Cuando yo sea levantado de la tierra traeré a mí todas las cosas».

«Esto lo decía significando con qué muerte había de morir» que era la de cruz, levantado del suelo.

No sabemos si a todo esto estaban ya presentes los gentiles. Parece que sí, y que presenciaron todo aquel singular y sublime espectáculo, mezcla de humano, y de divino, de profético y de presente, de humillante y de magnífico.

El Maestro explicaba perfectamente lo que todo aquello quería decir. Yo soy el Mesías. A pesar de eso, o mejor dicho, por eso tengo que morir y dar gloria a mi Padre. El Padre me glorificará, y en prueba de ello ha venido esta

voz, no por mí, sino por vosotros. Ya es la hora del juicio del mundo, ahora va a decidirse quién está conmigo y quién contra mí. De todos modos el poder del demonio va a terminar y en cuanto yo muera crucificado vendrán a mí todas las gentes.

No pasaba la turba por la idea de que el Mesías muriese. El Mesías vencedor, conquistador, triunfador, espléndido dominador de un reino judío universal, esa era su idea y esperanza. ¡Un Mesías crucificado! parecía un absurdo sacrilegio.

Interpretando mal las profecías del antiguo Testamento, y no comprendiendo la resurrección, con la cual se explicaban muchas cosas, ni la segunda vida de Cristo en la Iglesia, creyeron que el Mesías no debía morir y mucho menos crucificado. Por eso con buena fe, o más seguramente con malicia, dijeron:

«—Nosotros tenemos oído en la Ley que el Mesías ha de permanecer eternamente. ¿Cómo, pues, dices tu: es menester que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre?»

No se dignó el Salvador refutar esta objeción cuya malicia veía. Respondió, no a la cabeza, pues no era ella la que ponía la objeción, sino al corazón que era en verdad el enemigo, y dijo con lástima:

«—Todavía está algún tiempo entre vosotros la luz; caminad mientras tenéis la luz; para que no os sorprendan las tinieblas; que quien camina entre las tinieblas no sabe adonde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para ser hijos de la luz».

La luz era él; caminar a la luz era aprovecharse de su doctrina; ser hijos de la luz creer en ella.

«Esto dijo Jesús, y habiéndose ausentado, se ocultó de ellos».

235. DESPEDIDA DE JESÚS

(J. 12, 37-50)

Aunque no dice el Evangelio cómo se ocultó Jesús de los fariseos, si por modo extraordinario, o si de una manera sencilla, lo más creíble parece que se escondió entre

la gente que lo rodeaba como otras muchas veces, y que entre ellas emprendió, como otras tardes, el regreso a Betania por el monte Olivete.

San Juan al contarnos este episodio último de la vida pública del Salvador con los fariseos, dirige su mirada retrospectiva a todo lo pasado, y lleno de pasmo y compasión por la incredulidad farisea dice al terminar esta parte de su Evangelio:

«A pesar de haber obrado Jesús tantos prodigios en presencia de ellos, no creían en él. Para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, quién ha creído lo que ha oído de nosotros? ¿Y a quién se ha dado a conocer el brazo del Señor? Por eso no podían creer, porque también dijo Isaías: Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, para que no vean con los ojos y no entiendan con el corazón y se conviertan y los sane. Esto dijo Isaías cuando vio la gloria de él y habló de él».

¡Terrible misterio! no creen, porque ya lo había profetizado Isaías. Y como cuando hemos predicho algún mal suceso, por ejemplo, una quiebra, y después se verifica, decimos: «Ya lo dije yo! no tenía más remedio que venir la bancarrota!», así también, aunque con más certeza, con certeza infalible, se pudo decir en este caso: «No podían creer! ya lo había dicho Isaías».

Ni se debe creer tampoco que Dios endurecía propiamente sus corazones, cuando decía a Isaías: «Anda, ve y endurece el corazón de ese pueblo, y ciega sus ojos para que no vea». Sino que así como nosotros despechados a veces, cuando no quieren nuestros amigos hacer caso de nuestros consejos, les decimos por ejemplo: «Bien! toma el dinero que pides, para que te pierdas de una vez, y te hundas». Así el Señor que en el lenguaje de la Escritura se acomoda a nuestras maneras humanas, dijo a Isaías: «Ve, predícales, y encallece con tu predicación su corazón, y ciega su mente; para que teniendo ojos no vea, y teniendo oídos no oiga ni se convierta», que es lo mismo que decir: Predícales, aunque estoy cierto que eso, por su culpa, solo servirá para endurecerlos.

Culpa de ellos era el no querer oír, ni entender, ni convertirse; porque Dios ya les mandaba predicador y após-

tol. Mas ya sabía Jehová que no querrían oír. Tales fueron siempre los judíos, como los vio Isaías en sus visiones, desde los judíos de su tiempo hasta los contemporáneos de Jesucristo, y hasta nuestros días...

No por eso debe creerse que todo el pueblo judío renegó de Jesús, ni lo rechazó. Era también profecía y esperanza general del pueblo judío, que a ellos primero había de venir la salud, y que por ellos se había de derivar y transmitir a todas las gentes, y que *las reliquias*, los escogidos del pueblo de Dios se habían de salvar. Y por eso, para que no creyeran que todos los judíos habían sido lo mismo, a continuación de lo que acaba de decir el evangelista San Juan, añade:

«Sin embargo, aun entre los Príncipes muchos creyeron en él. Pero los fariseos no le confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga. Porque amaron la honra de los hombres más que la honra de Dios».

Oh! qué antiguo y qué frecuente es este proceder de muchos cristianos que creen, sí, en Dios, pero por no ser arrojados de las sinagogas de los príncipes, no se atreven a portarse como cristianos! Es que «aman más la propia honra que la honra de Dios!»

Salía ya Jesús no solo del templo, sino también de la ciudad, encaminándose al monte Olivete, para ir a Betania, mas todavía quiso dar su última despedida, recapitulación de cuanto durante su vida había predicado. Y deseoso de que le oyesen los circunstantes, levantó su voz, y clamando, dijo:

«—El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado.

»Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado.

»Yo luz he venido al mundo para que todo el que cree en mí no quede en tinieblas.

»Y si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido yo a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.

»Quien me desecha y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue. La palabra que yo he hablado, ella le juzgará en el último día.

»Porque yo no he hablado de por mí mismo, sino que el

Padre que me ha enviado, él me ha dado mandato de lo que he de decir y de lo que he de hablar.

»Y sé que su mandato es vida eterna.

»Lo que yo digo, pues, lo digo como mi Padre me ha mandado».

Solemne intimación de la verdad divina Soberana y última y definitiva advertencia del Maestro, Señor y Mesías a su pueblo que no le había querido recibir.

Yo soy el Mesías. Yo soy el que he venido en nombre de Jehová. Yo os he dicho su embajada y explicado su doctrina. El que la desprecia, desprecia al que me ha enviado. Y será condenado, no por mí, sino por la misma doctrina que yo he dictado. Ved, pues, los que me habéis rechazado lo que hacéis en adelante. Porque aún es tiempo.

El Sol de justicia iba a ponerse para aquel pueblo que tanto lo había esperado, y tan mal lo había recibido. La hora de sus tinieblas se acercaba.

236. LA ÚLTIMA TARDE ANTES DE LA PASIÓN

(L. 21, 5-7; Mc. 13, 1-7; Mt. 24, 1-3)

También el sol del día declinaba a su ocaso.

Jesús salió del templo y de la ciudad y tomó la puerta que daba al camino de Betania por el monte Olivete. Bajaban por la falda de Jerusalén que mira al monte, y pasaban rozando por los gigantescos murallones y cimientos en que estribaba el templo.

Con la impresión de las últimas palabras bajaban silenciosos. Y sin duda que el aspecto de aquellos soberbios sillares en que se cimentaba el magnífico edificio que parecía desafiar a la eternidad por su solidez y firmeza, llenaba de confusiones el espíritu de los discípulos, que meditaban en las últimas doctrinas proféticas del Mesías. Después de tanta expectación del Mesías, después de tanta profecía, después de tantos y tan gloriosos episodios del pueblo de Dios y de su religión y de su templo, después de tantos milagros pensar que todo iba a acabar en que el Mesías fuese crucificado, el templo arrasado, la ciudad destruída y todo aquello trastornado... eso no cabía en sus inteligencias. Era para ellos un enigma imposible de resolver.

Aquellas piedras, aquellas moles, aquellos pórticos, aquellas torres...

Pensando en esto pasaron el Cedrón, que corría al pie de la Ciudad Santa, y emprendieron la subida por la opuesta pendiente. Desde ella el que asciende no verá hoy más que algunas enormes piedras de los antiguos estribos y terraplenes. No se alza erguido el soberbio templo que edificó Zorobabel y realzó estupendamente Herodes. El *Haramech-Cherif*, de los mahometanos, el *santuario principal*, la mezquita de Omar profana el sitio del *Sancta Sanctorum* sobre una inmensa plataforma.

Mas si hoy no se ve nada, cuando por esa misma falda del monte subían los apóstoles ¡era tan espléndido el espectáculo que contemplaban los ojos! ¡Un templo el más maravilloso acaso, y de cierto el más insigne de la antigüedad, más, según creen muchos, que el mismo que edificara Salomón! «Su exterior, dice Josefo, no tenía un punto que no fuese admirable a los ojos y al alma. Tanto que en cuanto amanecía, herido por el sol lanzaba un esplendor tan grande que obligaba a quien lo miraba a apartar la vista como del resplandor del sol. A los que venían de fuera representábaseles como un monte lejano de nieve. Porque lo que no estaba dorado, era de blanquísimo mármol. El tejado estaba cubierto de agudísimas puntas de oro, para que no lo manchasen las aves».

Siendo tan hermoso siempre, éralo más entonces a la tarde, bañado por las luces de topacio del sol que caminaba a su ocaso.

Los discípulos, que ya no podían contener su sentimiento ni ocultar sus dudas, se acercaron al Maestro, rompieron el silencio con que subían la pendiente opuesta al templo, y llamaron su atención sobre aquellas soberbias construcciones que tenían delante de la vista.

Pues ¿qué? era entonces la primera vez que las veía Jesús? No las conocía mejor que ellos de haberlas visto muchas veces? ¿qué de nuevo le podían entonces mostrar que antes no lo hubiese observado? A qué, pues, aquella observación?

Tímidamente se adelantó uno de ellos a indicar su pensamiento, y le dijo:

«—Maestro, mira qué sillares! y qué construcciones! y de qué hermosas piedras y votos está adornado el templo!»

Interpretó el Maestro lo que decirle quería y respondióle:

«—¿Ves todas esas magníficas construcciones? Pues en verdad os digo que de todo eso que veis día vendrá en que no quede piedra sobre piedra, sin ser destruída».

No dijo más entonces. Honda impresión causó en los discípulos tan resuelta aseveración y tan absoluta amenaza mezclada de desdén hacia todo aquello que a ellos tan magnífico les parecía. Y callando siguieron subiendo la cuesta del monte Olivete hasta un punto en que o fatigado o deseoso de contemplar de nuevo al pueblo de sus amores, desechado ya y maldecido, sentóse el Señor enfrente mismo del templo que maravilloso refulgía a los últimos destellos del sol poniente.

Los apóstoles debieron en aquel momento estar algo separados del Maestro. Tal vez para tener más libertad en sus comentarios acerca de las palabras de Jesús, se habían o rezagado o adelantado un poco a él, que caminaba silencioso y triste con la fatiga de lo que le había pasado y de lo que al día siguiente le iba a pasar.

Entonces viéndole solo se le acercaron cuatro: Pedro, Santiago, Juan y Andrés, aparte de los demás, y con sigilo le preguntaron y dijeron:

«—Dinos a nosotros cuándo van a ser esas cosas. Y cuál será la señal de tu venida y la del fin del mundo?»

Acaso no sabían bien ellos mismos lo que preguntaban. Pero tres eran los puntos principales. Primero, cuándo había de suceder aquello, es decir, lo que acababa de decirles del templo. Segundo, cuando sería su venida, es decir, su principio de reinar, su manifestación como Rey y Mesías y Dominador. La tercera, cuándo sería el fin del mundo.

Y así como las preguntas, por ser acerca de lo desconocido, eran algo vagas e indecisas, nacidas de una nebulosa curiosidad acerca de lo futuro, así también la respuesta del Salvador, al menos según está en los Evangelios, resulta no poco enredada y dificultosa de entenderse. Sobre los tres puntos responde el Salvador en los Sagrados Evangelios. Pero es muy difícil al exegeta discernir bien los dichos que responden a la ruina de Jerusalén, los que responden

al juicio de Dios y venida última suya, y en fin, los que se refieren al fin del mundo.

Tal vez, siuviésemos todo lo que en aquella conversación secreta de los cinco dijo el Salvador, con las preguntas e interrupciones que naturalmente diríanle sus discípulos, y con algunas transiciones que pondría el Maestro o se entenderían en la misma conversación y aun en el gesto y acento del Profeta, discerniríamos bien lo que ahora aparece confuso al intérprete.

Si ya el mismo Salvador de propósito no quiso dejar así en penumbras los horizontes de lo futuro. Presentando claro cuanto nos convenía saber, dejó en segundo y tercer término esfumado o solamente indicado, lo que no quería que supiésemos del todo.

A quien examina los discursos del Salvador que vamos a traducir enseguida, se le presentarán desde luego una porción de ideas que clara e indubitadamente se refieren a la ruina del templo y de Jerusalén, que será la primera venida del Salvador a castigar a su pueblo deicida. Hallará otra porción también de ideas que se refieren manifiesta e indudablemente a la última venida del Salvador a juzgar al mundo, y terminarlo por el fuego, y por el juicio. Pero en medio de todas ellas hallará otras que aun los exegetas con toda su habilidad y perspicacia no acertarán a desenredar, y no saben, ni probablemente nunca sabrán si se refieren a la ruina de Jerusalén o a la consumación del mundo. Respetemos el misterio y ladeemos la dificultad.

En fin, lo que sobre todo ello se propuso a nuestro parecer el Salvador en estos discursos es una cosa mucho más importante para nosotros que la solución de una curiosidad, aunque sea tan importante como la de los discípulos. Y es el advertirnos que dejándonos de pensar cuando vendrá el fin del mundo y volverá el Señor a manifestarse, vivamos nosotros de tal modo preparados como si hubiese de venir a todas horas; que estemos persuadidos de que de todos modos en esta vida los cristianos hemos de padecer mucho y ser perseguidos siempre; pero que vivamos con la esperanza de nuestra redención y recompensa final, y con la dulce confianza de que, venga cuando venga el fin del mundo, tarde o temprano, manifiéstese el reino de Cristo

de esta o de la otra manera, él siempre, aunque invisible, ha de estar con nosotros.

Ese es el pensamiento que flota en todo el discurso del Salvador. Los cristianos nunca han podido deducir de él la hora de la gran manifestación del Mesías en su gloria. Siempre han creído que podría estar ese día muy cerca. El Salvador no solamente no se lo dijo, sino que manifestamente negó que se lo diría, y aún dió a entender que no era voluntad de su Padre que se lo dijese, pues, si bien como Dios, y aun como hombre para su inteligencia, sabía todo, pero como Mesías, como Legado del Señor, no tenía aquel punto entre los que había de enseñar a los hombres. Lo único que les enseñó es que esta manifestación sería el fin de este mundo.

237. PREDICCIÓN DEL FIN DE JERUSALÉN Y DEL MUNDO

(L. 21, 8-19; Mc. 18, 5-13; Mt. 24, 4-14)

Lo que dijo, pues, el Salvador a las preguntas de sus cuatro curiosos discípulos fué esto:

«Procurad que nadie os seduzca. Porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y ya se ha acercado el tiempo. Y seducirán a muchos. No vayáis, pues, en pos de ellos. Y cuando oigáis guerras y rumores de guerras, y batallas y sediciones, mirad que no os turbéis, ni os aterréis. Porque es preciso que venga todo esto; mas no por eso está cerca el fin.

»Y les decía entonces: Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá por todas partes grandes terremotos, y pestilencias y hambres y espantos del cielo y grandes señales. Pero todo eso es el principio de los dolores.

»Mas mirad por vosotros mismos. Porque antes que todo eso os echarán mano y os perseguirán entregándoos en los concilios y en las cárceles, y seréis azotados en las sinagogas y llevados ante los presidentes y reyes por mí, para que me seáis testigos para ellos y para todas las gentes. Pues cuando os lleven para entregaros, tomad en vuestro corazón la resolución de no premeditar (de no andar muy

solicitos) cómo ni qué habéis de responder, sino lo que en aquella hora se os dé, eso responded. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. Porque yo os daré lengua y sabiduría a que no puedan responder todos vuestros adversarios.

»Pero seréis entregados a la tribulación por vuestros padres y hermanos y parientes y amigos, y a algunos de vosotros los matarán. Entregará a la muerte el hermano al hermano y el padre al hijo, y levantaránse contra los padres los hijos, y los matarán. Y seréis odiados de todas las naciones. Mas ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.

»Mas cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad os digo no acabaréis las ciudades de Israel, antes de que venga el Hijo del hombre. Por vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (y las salvaréis). Y entonces se escandalizarán muchos y entregarán unos a otros, y se odiarán mutuamente.

»Y se levantarán muchos seudoprofetás, y seducirán a muchos, y como abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin ese será salvo.

»Pero primero es preciso que se predique este evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio a todas las gentes, y entonces vendrá el fin».

Hasta aquí más que responder a la pregunta que le hicieron los cuatro, lo que hace es profetizarles las calamidades temporales, las persecuciones y odios, las seducciones y engaños que les amenazan a los servidores de Cristo, y todo esto aun antes de la ruina de Jerusalén, que «no vendrá hasta que hayáis recorrido todos los pueblos de Israel».

Pasa ya a indicar más en particular sus presagios acerca de la ruina de la Ciudad Santa.

238. INSTRUCCIONES ACERCA DE LA RUINA DE JERUSALÉN

(L. 21, 20-24; Mc. 13, 14-20; Mt. 24, 15-22)

«Cuando veáis cercada de soldados a Jerusalén, entonces sabed que está cerca su devastación. Y cuando veáis la abominación de la desolación, predicha por Daniel, ocupar